

## Nosotros también somos animales

“La comprensión de que la vida es absurda no puede ser un fin, sino un comienzo”.

Albert Camus

1

— Tú tío quiere hablar con vos. —dijo mamá. Tenía las manos metidas en la pileta de la cocina. Encima de la mesada había un pollo desplumado sin deshuesar—

— ¿Dónde está? —dije—

— En el baño. —dijo ella— sentate, esperalo.

Me senté. En la radio se escuchaba a duras penas la voz del locutor que leía los avisos al poblador rural. Sobre la mesa había un frasco de mermelada abierto, rodajas de pan tostado y un mate preparado. Yo nunca fui fanático del mate; en su lugar prefería tomar té, café o mate cocido. Mientras esperaba le pregunté a mi mamá si tenía algo de café para invitarme.

— Ahí está el frasco. —dijo sin dejar de hacer lo que estaba haciendo. Revisé la alacena y lo saqué. Busqué una taza, una cuchara, azúcar y batí la mezcla por unos minutos. Mientras hacía eso, apareció mi tío. Mamá lo señaló y dijo sin entusiasmo— Ahí está *tu bueno*.

Mi tío vestía un sombrero negro de ala ancha. Rematando aquel armatoste llevaba una camisa roja, bombachas de campo y un chaleco que para mi gusto era demasiado vistoso: traía bordados un montón de espirales, círculos de colores y demás garabatos. Al parecer no lo incomodaba, porque mi tío lo lucía con orgullo. Cuando me vio, me estiró una mano amistosa que yo estreché con gusto.

—¿Qué dice sobrino? —dijo—

— Acá ando. —dije—

— ¿De visita? —preguntó él sentándose en una silla frente a mí—

— Algo así, sí.

— Está bien.

Mi tío sonrió, y recuperó el mate que había dejado abandonado. Se cebó uno y sonrió.

— ¿Qué sos vos? ¿Cuentista?

Me lo pensé unos segundos. Mi tío trabajaba en el campo. Había nacido y se había criado en el campo, y el hecho de que supiera algo de mis *actividades* me llamó la atención. No lo digo de manera despectiva, sólo que me sorprendió que estuviera al tanto. Ni siquiera mi papá sabe acerca de lo que escribo. “Entiende” que hago algo, pero no demuestra mucho interés.

— Sí. —dijo— Escritor. Pero sí, también escribo cuentos.

— Ahí está entonces. —dijo él— Te quiero contar algo.

Me acomodé en la silla para escuchar mejor. Él siempre tenía muchas cosas que contar, pero como siempre estaba borracho, se me hacía difícil entenderlo. Esa mañana estaba lo suficiente sobrio como para hablar, así que me decidí a prestarle atención.

— Bueno, dale. —dijo— Te escucho.

Mi tío fue rápido al hablar, pero los detalles de su historia aún siguen en mi memoria. Lo que sigue es lo que él me contó, adaptado a una forma de escribir más *literaria* si se quiere, pero que respeta la esencia de la anécdota.

Espero haber estado a la altura.

Mi perro me despertó con ladridos fuertes esa mañana. Cuando abrí los ojos estaba encima de mí con una expresión tonta en los ojos. Lo primero que pensé fue “*este tiene hambre*”; pero enseguida me di cuenta que era por otra cosa. Lo que más hacía ese perro era comer y dormir. Era raro verlo moverse tanto. Primero por la edad y segundo, porque siempre acostumbraba tenerlo en la casa para que los otros perros no lo molestaran. Me levanté de la cama y me siguió hasta el baño con sus ladridos penosos. Le presté atención un rato, y se tiró al piso mostrando la panza, sin parar de gimotear. Como si llorara una persona en vez de un perro. En esos momentos no le presté atención, pero más tarde esa noche, me di cuenta de que quizá estaba tratando de *decirme algo*. Viste lo que dicen, que los animales son los primeros en darse cuenta de todo. Nosotros, la gente, también somos animales. Pero hace rato nos olvidamos de eso.

La cuestión es que me tomé un par de mates, alisté mis cosas y salí afuera. El perro se quedó adentro del puesto ladrando y aullando como loco. De tanto que aulló puso nerviosos a los demás. Uno a uno comenzaron a imitarlo, primero con dudas, luego con furia. En cuestión de segundos, los aullidos se multiplicaron hasta que me vi rodeado por una manada de lobos. Yo tenía que desatarlos para que salieran conmigo, pero en ese momento hasta yo desconfié de mis propios perros; algunos lanzaban dentelladas al aire haciendo sonar sus colmillos, otros escarbaban en la tierra o tiraban de sus cadenas hasta que el hierro les marcaba el cuello. Un dedo helado me recorrió el espinazo, tragué saliva y traté de que *ellos* no notaran mi nerviosismo. Les pégue un grito y los liberé de sus ataduras como siempre, pero ya me estaba pareciendo que aquella mañana no era como todas las demás.

Me aparté de ellos, y los dejé retozar en el patio. Me fui a buscar mi caballo y traté de no escuchar a los perros que se mordían como en juegos, a los que se tiraban al piso, los que se mordían la cola como si se desconocieran a ellos mismos. La sensación de molestia se me pegó en el cuerpo como una segunda piel. Sudorosa y podrida. Los perros que eligieron seguirme, debieron olerme porque gruñían a medida que yo avanzaba por el camino. El

caballo, mi zaino favorito de toda la vida, ni se mosqueó. Trotaba de lo lindo llevándome como quién carga cualquier cosa. Suspiré mientras armaba un tabaco y me dije que a lo mejor no pasaba nada, que después de todo a lo mejor aquel perro viejo sólo quería romper las bolas y nada más.

“Pero ¿Y los demás?” dijo una voz, dentro mío. “Dejate de joder” —me dije— “Acá no pasa nada, son animales. ¿Qué van a saber ellos?”

Estaba muy equivocado.

Di un recorrido rápido con mi zaino y después volví al galpón principal de la estancia a ver a los demás peones. Ahí fue donde las cosas comenzaron a tomar sentido. Estaban todos juntos, y la gran mayoría había descuidado sus tareas del día. En una estancia grande como esa, siempre hay algo que hacer: Una alambrada que levantar, animales que juntar, de todo. Pero estos estaban ahí, como hormigas nerviosas, yendo y viniendo en el mismo lugar. Me bajé del caballo y pregunté qué estaba pasando.

— Hace un rato vino el patrón. —dijo un chico nuevo—

— ¿El dueño de la estancia? —dije yo— ¿Lo conocés vos?

El chico dijo que sí con la cabeza.

— Hoy lo conocí.

— ¿Dejó algo dicho? —pregunté—

— Sí. Un par de novillos se metieron en el cuadro de Ordoñez y ahora están mezclados con los suyos. Dice que hay que traerlos antes de que se arme un quilombo.

— ¿Habló el patrón con Ordoñez?

El joven dijo que no.

— No, qué va a hablar. —dijo— Si vino todo apurado, dio la orden y se fue. Dijo que vayamos en el camión. El chofer está por allá.

Señaló el galpón donde sabían estacionarse las máquinas y demás porquerías con ruedas. Agudicé la vista y pude ver a un hombre casi tan grande como el vehículo que manejaba.

Llevaba una gorra de vasco ladeada y un mameluco que en algún momento había sido azul. Le palmeé el hombro al chico nuevo y me fui a ver al chofer.

— Buen día, che. —le dije— ¿Qué se cuenta?

— Buen día. Nada. —dijo— Salió una changa, y me vine para acá.

— ¿El patrón te fue a ver al pueblo?

— No, andaba acá cerca. Vine a hacer un flete y me enganchó.

— Ya me parecía. —le dije— Y bueno, si el viejo está apurado habrá que salir.

Alisté a los muchachos y nos subimos todos a la caja del camión. El camino estaba estropeado, los baches nos sacudían de acá para allá y la mayoría no veía la hora de llegar para terminar de una vez con todo. Me tomé un segundo para ver a mis acompañantes y noté que eran casi todos pibes, más o menos de tu edad. Pero con muchas diferencias. El campo se los había comido y escupido como quién se saca un cacho de carne de las muelas, para convertirlos en hombres sin pedir permiso ni consentimiento. Noté en sus gestos limados por el viento, algo familiar. ¿Acaso yo había así de joven? Intenté no darles bola a mis pensamientos y me prendí un *armado* de tabaco que tenía en el bolsillo de la camisa. Cuando llegamos, la compuerta se abrió y vimos que ya estábamos adentro del cuadro de Ordoñez. La cosa había sido más que rápida, y se nos exigía que nos mantuviéramos así.

Estuvimos a punto de bajarnos del camión, pero algo nos detuvo. El ganado. No pastaban tranquilos, de forma tonta como suelen hacer las ovejas o las cabras viejas. Estaban quietos, como en *asamblea*. Y como si fuese un chispazo, de pronto recordé la imagen de los peones en el galpón, nerviosos pero organizados. Esperando. ¿Pero esperando qué? Miré la novillada, sentí un regusto salado en los labios. Se habían metido en campo ajeno porque podían, a ellos no los frenaría jamás un alambrado y muchos menos un cartel de “propiedad privada.” Varios de ellos patearon el suelo con furia, levantando polvareda como borracho que anda con ganas de pelearse. Tomé aire y di la orden de que bajáramos rápido del camión.

Todos saltaron enseguida a tierra. Yo me quedé atrás, y el chico nuevo también. Se me acercó y dijo:

— Ya los vamos a agarrar a todos estos hijos de su madre.

— Vos tranquilo nomás. —le dije— Qué vamos bien.

— ¿Cómo los vamos a subir? —me dijo el chico—

— Que pisen la compuerta y listo. —dije— Eso sí, hay que tener cuidado.

— ¿Con el viejo Ordoñez?

— Sí, pero más que nada con estos. —dije señalando el ganado— Son muy traicioneros.

— Ya los voy a agarrar yo. —insistió el joven—

— Tranquilo. —le insistí—

Nos acercamos a ayudar y a separar los animales tomando como señal las marcas que tenían en sus cuerpos.

Arrear chivas, es fácil. Arrear ovejas, todavía más fácil. Pero arrear novillos es complicado. Son animales enormes y muy quisquillosos. No sé si fueron los perros que venían con nosotros los que aumentaron el nerviosismo, o el olor a miedo que desprendían algunos peones, pero la cosa es que la *novillada* se resistió. Estuvimos mucho rato tratando de que se movieran, que se separaran del resto del grupo. Cuando por fin pudimos, el camionero acercó el vehículo de culata y bajó la compuerta para usarla a modo de rampa. Poco a poco empezaron a subirse. Parecía que todo iba a terminar bien. Excepto por una cosa.

El chico nuevo era demasiado entusiasta, por no decir otra cosa. Fue el que más esfuerzo hizo para terminar el trabajo a tiempo. Hasta se animó a subirse a la caja del camión con media *novillada* adentro. Gritaba, daba palmadas en el aire, en fin. Como te dije, estos animales no son cualquier cosa. Y como suele pasar con los grupos de gente, dentro de este grupo de novillos había uno que no se iba a dejar mandar. Su cabeza era enorme, incluso desentonaba con el resto del cuerpo. Avanzaba con pasos recios sin importarle si golpeaba o no a uno de los suyos. Tiró patadas, cabezazos, bufaba como si le fuera la vida en ello. Cuando se subió al camión, hizo lo posible por encontrar a quién echarle la culpa. Era obvio que no quería estar ahí arriba, y necesitaba desquitarse con alguien.

Entonces lo vio. El chico nuevo.

Su *valentía* al entrar con los animales se convirtió en torpeza. Cometió el error, el último, de ponerse al fondo de la cajuela del camión. Como dicen ustedes los escritores, estaba entre la espada y la pared. Sólo que esta espada, tenía mucho más que solo filo. Tenía enojo, y muchos kilos a su favor.

Ni bien vio quién era uno de los que lo había metido ahí adentro, el novillo encaró con todo. Sus patas resonaron en el piso de la caja con bronca, pero mucho más fuertes fueron los gritos del muchacho nuevo. Se vio acorralado e intentó trepar el costado del camión, pero no pudo. La ola de cuerpos lo ahogó, lo atontó por decirlo así. Cuando el corpazo de aquella bestia estuvo encima de él, lo cabeceó y lo tiró al piso. Ni bien lo tuvo arrinconado lo aplastó con todo y pezuñas. Los que estaban cercan escucharon los lamentos del chico mezclados con los huesos que se rompían con cada golpe. Algunos dicen que lloró mucho antes de morir, otros que sólo gritó como sintiéndose demasiado tonto para hacer lo que había hecho. No sé, se dicen muchas cosas.

Tuvimos que bajar a todos los animales de nuevo, para sacar lo que quedaba del pobre. Yo lo vi de cerca, porque los demás no se animaron a acercarse. Tenía toda la cara hundida, el pecho aplastado y los restos de la camisa estaban metidos entre sus costillas. Al acercarme sentí que pisaba algo duro con las botas, después me di cuenta que eran sus dientes, chiquitos y blancos como perlas. Perlas manchadas de sangre. Me agaché para verle la cara, quizá respiraba un poco a pesar de los golpes, pero no. Lo levanté y me sorprendí al notar que no pesaba nada. Apenas un montón de huesos rotos, como si fuese un cascarón vacío.

Cuando mi tío terminó su historia, no pude objetar nada. Al principio usé ciertas expresiones o palabras cortas como para darle a entender que lo estaba escuchando, pero luego dejé de hacerlo. Mi silencio sólo era interrumpido por la música y por las tareas de mi mamá, que justo en ese momento, como si se tratara de un acto de justicia poética, deshuesaba el pollo que iba a cocinar. Miré el cuchillo, entrando fácil en la carne del animal muerto. Restos de un ser que había sabido disfrutar del sol, de la vida, de un buen sueño. Y claro, además de los pequeños sufrimientos como el hambre, el miedo y la oscuridad final. Cuando mamá terminó pensé “¿Nosotros somos sólo animales racionales o apenas despojos de carne con vida? No supe qué pensar.

Mi tío me miró y me dijo:

— ¿Qué te parece? En una de esas podés escribir algo con eso.

Pretendiendo ignorar el sonido de los huesos del pollo, miré a mí tío y dije:

— Puede ser.